

# Niveles verbales y preverbales en la *interpretatio naturae*

Ezra Haymann<sup>183</sup>

## RESUMEN:

Este trabajo repasa algunas funciones de la palabra dicha (lenguaje) en el conjunto de la filosofía del lenguaje, actividad tan antigua como la Filosofía misma. En particular explora, mediante ejemplos, en qué medida la palabra es parte esencial del conocimiento, cuál es su estatus y alcance, cómo y para qué se establecen las interpretaciones y cómo, finalmente, ellas propician la comprensión de un contexto previo siempre dado: el mundo. Con el añadido, claro, de que la palabra también pertenece a ese mundo.

**Palabras clave:** palabra, reflexión, interpretación, comprensión.

<sup>183</sup> Ex director de la Escuela de Filosofía de la UCV. Doctor en Filosofía de la Universidad de Heidelberg. Correo electrónico: [ezraheyman@yahoo.es](mailto:ezraheyman@yahoo.es)

## **Even verbal and preverbals in the *Interpretatio Naturae***

*Ezra Haymann*

Abstract:

This work reviews some functions of this word (language) in the group of the philosophy of the language, activity as old as the same Philosophy. In particular, it explores, by means of examples, in what measure the word is essential part of the knowledge, which it is its status and reach, how and for what reason the interpretations settle down and how, finally, they always propitiate the compression of a previous context given: the world. With the one added, clear, that the word also belongs to that world.

**Key words:** word, reflection, interpretation, understanding.

Que se trate de alguien que se inicia en la materia, o de alguien que ya se dedica a ella, es siempre conveniente reconsiderar el papel que le toca a la filosofía del lenguaje dentro del conjunto del empeño filosófico. Entre otras cosas nos daremos cuenta de que no se trata de una peculiaridad de la filosofía contemporánea, mucho menos de una moda, sino de que la reflexión sobre las palabras que usamos ha sido siempre parte esencial del quehacer filosófico.

En gran parte de nuestros afanes cognoscitivos no tenemos necesidad de tal reflexión. Cuando se trata de descubrir una senda que permite acceder al mar, no necesitamos reflexionar sobre las palabras "senda" y "mar". Las palabras mismas pueden no ser necesarias. El caballo averigua la vía, o se encamina en ella aun sin una manifiesta conducta de averiguación, sin palabras, y en la vida humana la palabra mar, en el caso de los diez mil griegos que buscaban con Jenofonte la vía, hacía falta la palabra más para coordinar los esfuerzos, que para dirigir la búsqueda individual, y el grito jubiloso *thalassa* a la vista del mar ha sido, más que un acto cognoscitivo, una expresión de agradecimiento y evocación de posibilidades indeterminadas ante lo que se presentó con evidencia.

¿En qué medida es la palabra una parte esencial del conocimiento, y no meramente un recurso para comunicar conocimientos ya obtenidos? Admitamos primero que decimos en castellano y en las otras lenguas romances con toda propiedad que el perro conoce perfectamente su territorio, estando familiarizado con cada rincón. Sabe qué puede esperar en cada zona en el marco de las posibilidades que le interesan vitalmente, pudiéndose mantener en expectativa ante señales inciertas. Decimos que conoce su ambiente en el sentido de que sabe responder con actos apropiados ante las cosas y las situaciones que surgen. En cambio, la palabra con la cual hablamos de las cosas, de sus cualidades y relaciones no constituye ninguna acción determinada frente a ellas. Mantiene, más bien, en amplia medida abierta la cuestión de una respuesta apropiada, así como podemos nombrar estas respuestas posibles mismas, esto es, pensar en ellas sin efectuarlas. La palabra permite evocar las posibilidades no actualizadas, es decir, pensar en ellas y ponderar, a través de las expectativas que suscitan imaginativamente, sus diversas relaciones con otras; relaciones que a su vez podrán ser nombradas y hechas objeto de una consideración con independencia de su ocurrencia en un aquí y ahora.

Con la palabra nuestro conocimiento del mundo en que vivimos se vuelve reflexivo, es decir, no solamente lo conocemos familiarizándonos con nuestro ámbito de vida, sino que reflexionamos acerca de cómo, como qué, y en relación con qué lo conocemos, delimitando en él rasgos que pueden variar independientemente. Las cosas suscitan en nosotros actitudes y disposiciones de actuar de diversos tipos, antes de toda palabra; pero la palabra nos permite preguntarnos acerca del criterio con el cual respondemos con nuestros actos de una más bien que de otra manera, y nos permite tematizar e interpretar la índole, el alcance y la razón de ser de nuestras propias reacciones, en otras palabras, de pensar sobre lo que hacemos y lo que deberíamos hacer a partir de los pensamientos vinculados con la red de palabras ya disponibles. Con la palabra se inicia de esta manera una cadena ilimitada de revisiones de nuestra postura ante las cosas, en la cual se plasma algo como una cosa acerca de la cual se puede volver a pensar. El castellano "cosa" proviene del latín *causa*, que quiere decir un asunto a tratar y discutir.

Así como segmentamos nuestro entorno y reaccionamos ante los segmentos antes de tener una palabra para cualificarlos, así usamos también palabras antes de saber comentarlas y de dar cuenta de las condiciones y criterios de su uso. A la revisión de conductas que introduce la palabra le sigue una revisión del uso de la palabra misma, un pensamiento acerca de lo que queremos decir con ellas. Comenzamos a preguntar con Sócrates qué quiere decir, qué es, lo valiente, o lo justo, o lo piadoso, o, en otro registro, con Poncio Pilatos, qué es la verdad. En el primer caso partimos del hecho de que sabemos normalmente usar las palabras con las cuales cualificamos los asuntos humanos, y tratamos de hacer explícita nuestra comprensión de ellas, esto es, de adquirir la capacidad de hablar sobre ellas; en el segundo caso expresamos una pérdida de seguridad en su uso. En un caso como en el otro estamos en plena tarea filosófica y emprenderemos una reconstrucción del significado de nuestras palabras evocando las situaciones que justifican más claramente su utilización, y de las cuales podemos desprender más nítidamente la regla de su uso. En la costa se le pide a un vigía que avise —con un silbido o agitando un banderín— cuándo arriva una embarcación. En la medida en la cual queda suficientemente claro qué se entiende por "embarcación" y por "arrivar", tenemos un criterio nítido para decir si el vigía es confiable, es decir, si informa verazmente, o no. Diremos, según el caso, que es un hecho que llegó una embarcación, o que no llegó, y es por igual un

hecho independientemente de si nos alegramos por la llegada, nos alarmamos o nos es indiferente. Hay un hecho cuando una pregunta como ¿llegó una embarcación? lleva consigo criterios suficientes para poder ser contestada afirmativa o negativamente. Qué es el caso y qué no, cuál es la calificación pertinente, depende por cierto de qué es lo que preguntamos. La respuesta tiene que ser diferente si preguntamos por la llegada de una lancha o por la de un barco, pero una vez establecida cuál es la pregunta, entonces la respuesta acerca de cuáles son los hechos es asunto de una comprobación, y no de una interpretación. Interpretamos una pregunta o una información que nos suministran. Interpretamos igualmente señales ambientales, lo que tradicionalmente se ha llamado signos naturales, como el humo que percibimos. Pero si no queremos aumentar la confusión, no diremos que interpretamos algo como humo, sino que lo comprobamos eliminando los márgenes de error posible con el cuidado que amerite el caso.

A partir de la comprobación de lo que es el caso, hacemos interpretaciones, y los hechos se formulan como un sí o no a una pregunta suficientemente determinada, esto es, una pregunta que indica de manera suficiente las condiciones en las cuales puede ser contestada fielmente.

Esto no quiere decir que recurriéramos a sensaciones o percepciones que constituirían los datos firmes e infalibles a partir de los cuales construimos nuestros conocimientos. No conocemos primariamente nuestras sensaciones. Estas son más bien lo último que somos capaces de objetivar y de considerar como un simple hecho. Nuestros sentidos están hechos para explorar el mundo, y no primariamente a sí mismos, y es el curso mismo de nuestra experiencia el que nos enseña cuán confiable es uno para comprobar hechos. Uno puede comprobar con una mirada rápida si no viene un auto desde la derecha, mientras que otro hará bien en echar una segunda mirada.

Nos excederíamos, sin embargo, si quisiéramos concluir que hacemos interpretaciones únicamente a partir de hechos que hemos dado por establecidos. Podemos interpretar acertada o equivocadamente un gesto como amistoso o como hostil sin poder objetivarlo por medio de una descripción, y si admitimos que una percepción consiste en tomar algo (una configuración presente) como algo (un tipo de objetos o de sucesos), entonces no tenemos por qué objetar la tesis de que toda percepción es una interpretación de

claves ambientales de las cuales no tomamos conciencia expresa. Pero el punto que resaltamos es que no nos basta de ninguna manera quedarnos con su status de interpretación. La percepción tiene como cometido cerciorarse de que la interpretación corresponde a los hechos. En el ejemplo muy conocido, podemos interpretar un dibujo ya como una cabeza de conejo, ya como la cabeza de una cigüeña con el pico entreabierto, pero en este caso no hay más hechos que una configuración dibujada, de modo que no hay ninguna razón para afirmar de una de estas interpretaciones (o visiones, en este caso) que fuera acertada o equivocada. Pero muy distinta es la situación cuando la percepción es ejercida en su función primaria de detectar las cualidades del ambiente. En este contexto, propio de la percepción, también ocurren ambigüedades. Algo nos puede parecer ser ya una serpiente loro, ya una manguera verde. Pero sólo una de las dos cosas puede ser cierta, y es esto lo que tratamos de establecer en nuestras percepciones, y las más de las veces lo logramos. Si no lo hiciéramos, no estaríamos aquí para contarlo.

Pero hay más cuando pasamos del plano de la estimación perceptiva al plano del lenguaje. En este plano, para que haya tal cosa como acierto o error, es decir, para que haya información, hace falta que las palabras que usamos tengan un significado suficientemente diferenciado, y esto no se daría si normalmente no acertáramos a llamar precisamente al pan "pan" y precisamente al vino "vino", de modo que se verifica la tesis de Dávidson de que debemos acertar sobre los hechos, esto es, conocer la verdad en muchos casos si hemos de poder equivocarnos en otros casos, que también son legión.

Por cierto, siempre será posible que alguien diga que nuestras palabras carecen precisamente de un significado suficientemente delimitado, que el lenguaje es babel, que nadie entiende a nadie y que, para comenzar, nadie se entiende a sí mismo. El lenguaje, lejos de ser un lugar de la verdad y de la falsedad, sería por el contrario el lugar en el cual esta diferencia se desdibuja.

Ahora bien, sólo la experiencia puede mostrar en qué medida llegamos a entendernos efectivamente. A fin de cuentas, el oficial de taller de Wittgenstein se entiende con el aprendiz cuando le dice "loza", y similarmente comprobamos éxitos efectivos en nuestros esfuerzos de desbabelización hablando sobre nuestras palabras, precisando y destacando ciertos de sus sentidos, aunque no quede

nunca definitivamente eliminado el potencial de malentendido y desencuentro.

Los hechos pueden ser interpretados, y normalmente se comprueban para ser interpretados como signos de algo, como parte de un todo al cual normalmente pertenecen, o como manifestaciones de ciertas regularidades naturales, pero las palabras necesitan ser interpretadas, y diremos que las interpretamos aun en el caso común cuando su comprensión no plantea la menor dificultad. La palabra "comprensión" se relaciona con la de "interpretación" precisamente como se relaciona un resultado con la actividad que lo produce. Comprender es lo que busca una interpretación, y vale la pena notar que fuera de convenciones especialmente instituidas hablamos tanto de comprender una expresión, una conducta, como de comprender un proceso natural.

Es un poco forzado decir que interpreto mis propios actos y los cursos de acción que sigo. Sin embargo, se justifica hablar así si nos hacemos presente que muchas veces sentimos la necesidad de comprender —en diversos órdenes— lo que estamos haciendo, preguntándonos por qué, para qué, a la luz de qué. Esto es pensar sobre nosotros mismos, revisar nuestra conducta entendiendo que antes de cambiar un curso de acción hace falta entender mejor sus razones. Pero cuando tratamos de interpretar el sentido de una palabra la situación es diferente. Puedo igualmente preguntarme por qué lo digo y sobre la base de qué, así como puedo preguntarme para qué me levanté y me encaminé a la cocina. Pero preguntarme acerca del sentido de una palabra que utilizo es algo distinto, porque la palabra no me pertenece así como me pertenece el pronunciarla. Sólo comparto su sentido en una complicidad en la cual nadie posee su regla definitiva, de manera que el entendimiento común debe verificarse, y se verifica siempre de nuevo.

No podríamos entender la posibilidad de esta verificación si faltara el referente común y básico que es el mundo, y se borraría la diferencia entre el acierto y el yerro, primero en nuestras acciones y expectativas individuales dentro del mundo; y segundo, el logro de una coordinación de acciones que se aplican a un mismo objeto, con logros y malogros manifiestos. Pero no perdamos de vista que la coordinación de acciones y el dirigirse en común hacia determinados segmentos de la realidad se dan previos a toda palabra, y son más bien los presupuestos de todo lenguaje. Tanto en el orden de la referencia concreta de nuestros actos de habla, como en el orden del

significado, nuestras palabras y nuestro lenguaje presuponen un ámbito de objetos ya individualizados que tienen algún significado práctico en sus contextos. La referencia que hacen nuestras palabras a un objeto particular del ambiente no puede comunicarse sin indicaciones extraverbales y nuestras palabras no tendrían sentido alguno si las cosas, los sucesos, las actividades y las situaciones de las cuales hablan, no estuvieran cargados de significado.

Cuáles son los rasgos propios y exclusivos de la comunicación verbal es asunto bien conocido. En primer lugar, lo que los lingüistas llaman transporte: la capacidad de referirnos y hablar de lo ausente, de lo concebido como posibilidad y de lo que queremos hacer. En segundo lugar, e inseparable del transporte, la capacidad de ir precisando, de aclarar y de comentar lo que venimos diciendo. Esto comienza ya con la posibilidad de aclarar de qué estamos hablando, qué es lo que estamos calificando, como cuando una calificación (que por sí sola no se distingue de una exclamación) como "terrible" se completa para formar la frase "terrible, el viento", una suplementación con la cual nace la estructura sujeto-predicado. Se forma la capacidad de nombrar aquello que estamos calificando con nuestras respuestas verbales y preverbales, y se forma al mismo tiempo la capacidad de comentar nuestras propias calificaciones; y, ante la mirada inquisitiva del otro, de explicarlas y de justificarlas.

Las posibilidades a la luz de las cuales vemos siempre las cosas, las expectativas, esperanzas y temores, al igual que las incertidumbres, se vuelven temáticas, se vuelven objetos de pensamiento, y las posibilidades concebidas que llegan a ser objetos de pensamiento son lo que llamamos ideas.

La pregunta acerca de si el pensamiento nace sólo con el lenguaje es demasiado indeterminada como para permitir una respuesta responsable. Hace falta especificar mejor el concepto de pensamiento. El animal investiga e infiere a partir de los signos ambientales que detecta. De nada sirve decir que se trata meramente de algo instintivo. Con ello pasamos por alto el hecho de que gran parte de nuestra propia orientación en el mundo natural y social tiene este carácter de interpretación de claves ambientales y de reconocimiento emocional. Nada impide hablar aquí de inferencias. Los estoicos ilustraban el silogismo disyuntivo con el ejemplo del perro que llega a una encrucijada de tres caminos, investiga con su olfato una vía, luego la segunda, y se lanza a correr en la tercera



sin husmearla previamente. Sería interesante saber a este respecto lo que nos pueden decir los estudiosos del comportamiento animal, pero para nosotros y en relación con nuestra pregunta no es esencial, ya que, como en muchas referencias al reino animal, la fábula habla de nosotros mismos.

Sin tener que refugiarnos en la tautología de que el lenguaje posibilita el pensamiento verbal, podemos decir que el lenguaje posibilita la reflexión, es decir, no sólo posee esquemas de acción y de expectativa, deseos, esperanzas y temores, sino también puede pensar en ellas, esto es, transformarlas en un objeto de nuestra consideración y discusión. Nace, no una vida interior –que es la vida misma– pero sí un mundo interior, objeto de nuevas series de apreciaciones. A este respecto cabe pensar que mientras los objetos del mundo exterior presentan su segmentación por la manera como permiten ser manejados con independencia del lenguaje, las articulaciones de la vida interior –lo que nos permite hablar de un mundo– es obra del lenguaje y de las apreciaciones mutuamente expresadas. Una cosa es que se pueda decir de alguien que siente temor, o que ama –lo que se muestra no sólo en sus actos, sino que también se lee empáticamente en sus gestos y postura–, otra cosa que pueda atribuirse uno mismo tales sentimientos, hacerse cargo de ellos, hacerlos objetos de apreciación o de vergüenza, de encomio o de advertencia, en una palabra, de poder pensar en ellos, igual como pudimos señalar el paso de la calificación que suscita en nosotros un suceso –lo que Tugendhat llama un cuasi-predicado– al pensamiento acerca de esta calificación.

Quisiera volver todavía sobre la noción de un hecho, e intentaré hacerlo por medio de una breve consideración de la conocida distinción entre los planos sintácticos, semántico y pragmático del lenguaje: el primero definido por la relación entre las partes de una oración; el segundo, por las relaciones entre los signos lingüísticos y el mundo; el tercero, como las relaciones de los signos lingüísticos con el hablante y con aquellos a los cuales éste se dirige.

Hablar de diversos planos sugiere la posibilidad de estudiar el uno con independencia del otro, pero es inevitable que surjan dudas al respecto. ¿Puede ser estudiada la composición de la frase sin considerar la contribución de cada parte al logro de decir algo? Aun la distinción fundamental de la teoría sintáctica chomskiana entre la frase nominal y la frase verbal no está hecha sobre la base de la morfología de los signos, sino sobre la base de la distinción

funcional entre el decir algo de algo y el nombrar aquello acerca de lo cual se está diciendo algo, una distinción que podemos considerar como esencialmente semántica. A su vez, podríamos vernos tentados a sumergir la semántica en la pragmática. ¿Qué es esto de una relación entre los signos y el mundo que no pasara por aquellos que utilizan y entienden estos signos? Se puede decir muy bien que hay una semántica solamente en y en vista de la comunicación, y la comunicación es una noción claramente pragmática. Sin embargo, debemos atender el hecho de que un mismo contenido informativo puede ser comunicado como advertencia o como celebración, como suministro de una premisa para conclusiones todavía indeterminadas o como parte de un razonamiento completo. Es precisamente propio del lenguaje permitir la distinción entre el hecho presentado, las conclusiones que cabe derivar de él y las valoraciones que nos merece, la distinción entre lo que se comprueba y lo que cabe hacer con lo comprobado.

En este sentido, podemos decir que la noción de un hecho es un específico logro de la actividad objetivante del lenguaje.